

ministrador del prócer cuando fué a visitarlo y a ofrecerle dinero de parte de su señor.

El doctor Platero facilitó la entrevista, haciéndose acompañar del citado individuo hasta el palacio ducal.

Obsequioso el de Maluenda con su generoso donante, hizo le sentar a su lado.

¡Cuán disímiles los dos hombres! Caduco el prócer sin contar aún cincuenta años. Alto y flaco, demacrado y débil, taciturno y melancólico, era una humana ruina el elegante duque después de la enfermedad.

Por el contrario, ¡qué plétora de vida en el cuerpo rechoncho del jayán!

—¿Cómo te llamas?—preguntó a su visitante don Francisco Javier, tuteándole según costumbre siempre que a un inferior hablaba.

—Perpétuo Pérez y Fernández, para servir al señor duque.

—Vulgares apellidos son los tuyos y harto prosaico el nombre.

—¡Qué quiere usted, señor!; así se apellidaron mis padres, y Perpétuo Pérez fué mi abuelo también. Al que yo no he conocido en mi familia es al *mosaico* ese que ha dicho usted.

—Dime, mi buen Perpétuo: ¿cual es tu oficio?—interrogó sonriente el de Maluenda.

—Ahora ninguno: antes fuí carretero. Como no hace aún dos meses que salí del presidio no he encontrado todavía colocación. ¿Si el señor duque quisiera tomarme a su servicio?

Una violenta contracción agitó el enflaquecido cuerpo del convaleciente aristócrata y demudó su semblante.

—¡De presidio dijiste, miserable!—exclamó, la voz enronquecida por la ira y el asombro—¿Y qué te llevó a él? ¡Habla pronto o juro, vive Dios! ¡que ha de pesarte!—Y dirigiéndose al doctor así le apostrofó—: ¡Ah fementido y endiablado matasanos! ¡Tu vida es poco para pagar con ella esta ofensa que a mi estirpe has inferido; mezclando, con la mía nobilísima, la sangre aborrecible de un presidario abyecto!

Después el duque pareció calmarse, como vencido por la fuerza infalible de la fatalidad que hace de los humanos muñecos de guiñol, movidos a capricho por los hilos invisibles del destino. Y así permaneció algún tiempo.

Mas de pronto, irguióse en el sillón y alcanzando un artístico abrecartas—que sobre la mesa del despacho había—lo empuño en su diestra y amenazó con él, en tanto hablaba lívido el rostro y estrábicos los ojos.

—¡Responde, villano!; ¿qué te llevó al presidio?

—Señor—dijo muerto de miedo el carretero,— me condenaron por haber robado...